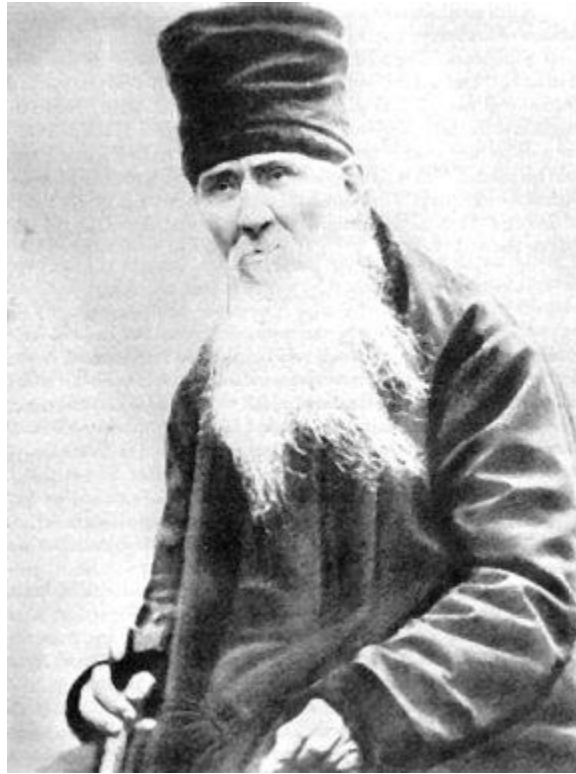


El staretz Ambrosio de Optina

Vladimir Lossky



San Ambrosio de Optina

Después de la muerte del staretz Macario en 1860, dos personas lo sucedieron en el *starchestvo* [la práctica de la paternidad espiritual] en Optina: el padre Hilarión, rector del *skit* [vivienda de algunos monjes] y el padre Ambrosio, que asistía a Macario en sus trabajos de edición de textos patrísticos. Hilarión murió en 1873 y Ambrosio, discípulo de los *startzi* Leónidas y Macario, quedó como el único continuador de su tradición. Naturaleza extremadamente rica, el staretz Ambrosio reunía en su persona las cualidades de sus predecesores. Se puede decir que en él el *starchestvo* de Optina encontró su apogeo.

Alejandro Grenkov nació el 21 de Noviembre de 1812 en una familia clerical: su padre era lector en una parroquia de pueblo, en la provincia de Tambov. El nacimiento del futuro staretz cayó el día de una fiesta parroquial. Una multitud de campesinos venidos de las localidades vecinas llenaba el pueblo. “*He nacido en el pueblo y viviré siempre en medio del pueblo*”, decía el staretz.

El joven Alejandro, muy dotado para los estudios, era de una vivacidad desbordante. Se lo veía saltar sin cesar en las calles con sus camaradas y, sin embargo, aunque no estudió jamás sus lecciones, fue siempre el primero en la escuela parroquial. Luego de la escuela, entró en el seminario de Tambov pero, una vez terminada su instrucción, no buscó hacer carrera eclesiástica. El futuro staretz pasó algún tiempo como preceptor en una familia de propietarios y ocupó después un modesto lugar de maestro de escuela en su pueblo natal.

Alegre y espiritual, Grenkov era amado por todos. Sin embargo, a partir de un cierto momento, se comenzó a notar que buscaba a menudo la soledad, alejándose en el jardín o subiendo al granero para rezar. Aún en el seminario, caído gravemente enfermo, Alejandro había hecho voto de tomar hábito. Curado, aplazaba siempre el cumplimiento de su promesa y permanecía en el siglo. Un día, paseando en el bosque, oyó claramente en el rumor de un arroyo las palabras: Alabad a Dios, amad a Dios. El joven profesor de primaria fue a ver a un staretz, el recluso Hilarión, conocido en toda la región de Tambov por la sabiduría de sus concejos inspirados. El staretz le dijo: *“Id a Optina, encontrarás allí la experiencia”* (juego de palabras intraducible: *opyt* = experiencia). En 1839, durante las vacaciones de verano, Grenkov visitó el monasterio de Optina pero no permaneció en él. Vacilaba aún. En otoño del mismo año, luego de una velada se mostró particularmente alegre, Grenkov dijo bruscamente a uno de sus amigos: *“No puedo permanecer más aquí: parto para Optina”*. Algunos días después, abandonó su pueblo y fue recibido en Optina por el staretz Leónidas.

El novicio, luego de haber cumplido durante algún tiempo obediencias en la cocina, fue designado por el staretz Leónidas para servirlo de lector. Debía decir cada día, en la celda del staretz, las oraciones prescritas por la regla monástica. No se sabe por qué el staretz Leónidas, bromeando, llamaba a su nuevo discípulo “quimera”. Al morir, lo “entregó de mano a mano” al staretz Macario. Alejandro Grenkov recibió el nombre de Ambrosio durante su toma de hábito. Rápidamente, fue ordenado diácono. Una vez, cerca del altar, el staretz Antonio, prior del skit, preguntó al joven diácono: *“Y bien, ¿estáis acostumbrado?”* Ambrosio respondió con desenvoltura: *“Gracias a vuestras oraciones, padre mío”*. Pero el padre Antonio remató la frase *“... al temor de Dios”*. Confuso, el monje comprendió la lección.

Ordenado sacerdote, el padre Ambrosio no permaneció mucho tiempo vinculado al servicio del altar. Tomó frío y, gravemente enfermo, permaneció enclavado en la cama durante varios meses. Su salud fue minada para siempre; quedó enfermo hasta el fin de su vida. Como el padre Macario, debió renunciar a decir la liturgia a causa de su debilidad extrema. La enfermedad atemperó la naturaleza demasiado exuberante del padre Ambrosio; lo obligó a entrar en sí mismo, a consagrarse al trabajo incesante de la oración interior. Decía más tarde: *“La enfermedad es muy útil al monje. Si está enfermo, no le hace falta cuidarse más que un poco de vez en cuando, justo en la medida necesaria para subsistir”*.

Al saber griego y latín, el padre Ambrosio ayudaba al staretz Macario en sus trabajos de edición de textos patrísticos. Continuó estas ocupaciones luego de la muerte de su maestro y publicó varias obras de espiritualidad, entre otras *La Escala* de san Juan Clímaco. Pero los trabajos de erudición no podían bastar al temperamento tan activo del padre Ambrosio. Buscaba una comunión directa con los seres humanos. Su espíritu vivo y penetrante, enriquecido por el conocimiento de la literatura ascética, se interesaba en todo lo que tocaba a los hombres: en la vida secreta del alma, tanto como en las actividades y preocupaciones exteriores. Bajo la acción de la oración constante, la perspicacia natural del padre Ambrosio se transformaba en clarividencia, ese don admirable de la gracia que debía hacer de él una de las figuras más sorprendentes del *starchestvo* ruso.

Rápidamente, no hubo más secretos para el staretz Ambrosio: “leía en el alma como en un libro”. Un visitante podía guardar silencio, colocarse a distancia, detrás de la espalda de los demás, y el staretz conocía sin embargo su vida, el estado de su alma, el móvil que lo había llevado a Optina. No queriendo manifestar este don de clarividencia, el staretz planteaba habitualmente preguntas a las personas que deseaban verlo; pero sólo su manera de interrogar a los visitantes mostraba que estaba ya al corriente de todo. A veces, la vivacidad del staretz Ambrosio lo impulsaba a revelar sin precauciones lo que sabía. Así, un día, respondió vivamente a un joven artesano que se quejaba de tener mal un brazo: “*Sí, tendrás mal el brazo... ¿Por qué has golpeado a tu madre?*” Después volvió a empezar, confuso, y se puso a plantear preguntas: “*¿Tu conducta es siempre buena? ¿Eres un buen hijo? ¿Jamás has ofendido a tus padres?*”

Muy a menudo, el staretz usaba alusiones discretas, casi siempre bajo una forma humorística, para sugerir a las personas que sus faltas ocultas le eran conocidas; la persona a la que apuntaba así era la única en comprender la indirecta. Una señora que escondía cuidadosamente su pasión por el juego pidió una vez al staretz Ambrosio su carta (fotografía). El staretz sonrió con reproche: “*¿Qué me decís? ¿Qué jugamos a las cartas en el monasterio?*” Habiendo comprendido la alusión, la señora admitió su debilidad. Una joven estudiante de Moscú, que no había jamás visto al staretz, manifestaba una gran animosidad respecto de él, tratándolo de viejo hipócrita. Empujada por la curiosidad, fue un día a Optina y se puso cerca de la puerta, detrás de los demás visitantes que esperaban. El staretz entró en la sala de visitas, hizo una corta oración, miró un momento a la concurrencia y, dirigiéndose a la Jove dijo: “*¡Ah! ¡Pero es Vera! ¡Ha venido a ver al viejo hipócrita!*” Luego de una larga conversación cara a cara con Ambrosio, la joven cambió de opinión. Se volvió más tarde monja en el monasterio de Shamordino, fundado por el staretz.

Con los indiferentes, el padre Ambrosio no perdía su tiempo: los despedía luego de una breve conversación, siempre en términos muy corteses. Al dejarlo, estos visitantes, llegados únicamente por curiosidad, decían habitualmente: “*Es un monje muy inteligente*”.

Inteligente, el staretz lo era. Esta facultad, natural en él, no tendría en adelante más límite en su ejercicio gracias al don del razonamiento que había adquirido. Sabía apreciar cada fenómeno según su justo valor. Hombre espiritual, podía juzgar a todo, según las palabras de san Pablo (1 Co. 2, 15). Esta cualidad prestaba al padre Ambrosio una amplitud de miras ilimitada. No había ámbito seguro en su entendimiento donde hubiera debido retroceder a falta de conocimiento especial. Así, un propietario cuyos jardines no producían nada recibió indicaciones detalladas de parte del staretz para crear un sistema de irrigación perfeccionado.

Activo e ingenioso, Ambrosio amaba a las personas decididas y valientes; bendecía siempre los emprendimientos difíciles y arriesgados con la condición de que fueran honestos. En los asuntos de dinero, en las cuestiones judiciales más embrolladas, tenía siempre un concejo preciso para dar. No había para él pequeñas cosas sin interés; todo lo que preocupaba a su interlocutor se convertía en el objeto único de su atención. Una campesina fue a contarle su desgracia: las pavas de su ama morían una detrás de la otra y la propietaria quería echarla a la calle. El staretz interrogó con paciencia a la pobre mujer sobre la manera en que alimentaba a las pavas, y después le dio algunos consejos prácticos. Los testigos de esta escena reían o se indignaban contra la anciana que había osado molestar al staretz con sus pavas. Luego de haber despedido a la campesina, Ambrosio se dirigió a los asistentes: “*¿Qué queréis? ¡Toda su vida está en sus pavas!*”

Jamás, ante las dificultades materiales de las personas simples que iban a verlo, el staretz dijo: “Esto no me concierne. No me ocupo más que de las almas”. Tenía un corazón atento. Poseía la facultad de amar sin límites a cada persona humana que se encontraba en su presencia, olvidándose de sí mismo. Este olvido incesante de sí mismo ante el prójimo constituía la vida elegida por el staretz Ambrosio. Decía: “*Toda mi vida no he hecho más que cubrir los techos de los demás y mi propio techo ha permanecido agujereado*”. Mas la persona humana no puede alcanzar su perfección suprema más que cesando de existir para sí misma, dándose a todos. Es el fundamento de la palabra evangélica que, cuando es vivida hasta el extremo, es el foco viviente y personal de todo amor.

Ningún defecto humano, ningún pecado podía obstaculizar el amor del staretz Ambrosio: antes de juzgar, compadecía y amaba. Es por ello que los pecadores iban hacia él sin temor, con confianza y esperanza. Una joven, que había quedado encinta, fue maldecida y expulsada de su familia por su padre, un rico comerciante. Fue a buscar refugio y consuelo junto al staretz Ambrosio. Este la acogió con dulzura y la puso en casa de sus amigos, en una ciudad vecina, donde pudo traer al mundo a su hijo. El staretz enviaba regularmente dinero a la joven madre que iba a verlo de vez en cuando con su hijo. Por consejo del staretz, la joven, que sabía pintar, se puso a ganar el pan haciendo iconos. Algunos años más tarde, el comerciante se reconcilió con su hija y se encariñó con su nieto.

Ambrosio buscaba, en primer lugar, aliviar a los seres humanos de su pena antes de guiarlos

por el camino de la justicia. Hacia el fin de su vida, se lo escuchó a menudo decir en voz baja, moviendo la cabeza: *“Era severo al comienzo de mi starchestvo, pero ahora me he vuelto débil: ¡las personas tienen tanto dolor, tanto dolor!”*. Cuando recibía nuevos visitantes, el staretz iba siempre a los más agobiados, escogía aquellos que tenían más necesidad de consuelo, y encontraba las palabras necesarias devolverles el ánimo, la esperanza, la alegría de vivir. Igualmente bueno para con todos, manifestando preferentemente su amor a las personas desagradables, difíciles de soportar, a los pecadores endurecidos, despreciados por la sociedad, jamás desesperó ante el abismo de los pecados humanos, jamás dijo: “No puedo hacer nada”.

El secreto de la clarividencia del padre Ambrosio residía en su caridad. No solamente amaba a todos aquellos que se acercaban a él, sino que tenía la facultad de identificarse con ellos, de modo que amaba igualmente a sus prójimos, los objetos a los cuales estaban ligados, todo lo que constituía su vida. El espíritu del padre Ambrosio abrazaba toda la vida interior y exterior de la persona a la cual trataba: es por ello que podía guiar con seguridad la voluntad del hombre adecuándola con la de Dios. Los destinos humanos le estaban abiertos; se puede decir que compartía el consejo divino respecto de cada persona. Los ejemplos de dicho conocimiento de los propósitos providenciales son muy numerosos en la práctica del staretz Ambrosio. Aquí tenéis algunos de los más típicos.

Una joven pobre fue pedida en matrimonio por un rico comerciante atraído por su belleza. El staretz aconsejó a su madre rechazar al comerciante diciendo que tenía en vista para la joven un partido infinitamente mejor. La madre exclamó: *“¡No hay partido mejor para nosotros! ¡Mi hija de ningún modo puede casarse con un príncipe!”*. *“El novio que tengo para tu hija es tan grande que no puedes imaginarlo –insistió Ambrosio– rechaza al comerciante”*. La madre obedeció al staretz, y disuadió al pretendiente de su hija. Algunos días después, la joven cayó súbitamente enferma y murió.

Dos hermanas fueron una vez a Optina. La mayor, de naturaleza retraída, pensativa, muy devota; la otra, exuberante de alegría, no pensando más que en su novio. Una busca entrar en un monasterio, la otra desea que el staretz bendiga su felicidad conyugal. Habiendo recibido a las dos jóvenes, el padre Ambrosio, sin decir nada, desplegó a la novia un rosario. Después, se dirigió a su hermana: *“¿Por qué hablas de monasterio? Pronto vas a casarte”*. Y nombró una región lejana donde debía conocer a su futuro marido. Vuelta a San Petersburgo, la novia se enteró que aquel a quien amaba la había engañado. En su dolor, se tornó enteramente hacia Dios; su naturaleza sufrió un cambio profundo; renunció al siglo y entró en un monasterio. Al mismo tiempo, su hermana mayor fue invitada por una tía de provincia cuya propiedad se encontraba próxima a un monasterio de mujeres. Fue allí, pensando encontrar la ocasión de tomar un conocimiento más cercano de la vida monástica. Pero un encuentro que tuvo en la casa de su tía cambió todo: la joven postulante se convirtió pronto en feliz esposa.

Aquellos que conocían bien al staretz Ambrosio sabían por experiencia personal que era

necesario obedecer a todo lo que decía sin jamás contradecirlo. Él mismo tenía costumbre de decir: *“No discutáis jamás conmigo. Soy débil, podría ceder, y esto sería dañino para vosotros”*.

Se cuenta la historia de un artesano que, luego de haber fabricado un nuevo iconostasio para la iglesia de Optina, fue a lo del staretz Ambrosio para recibir su bendición antes de volver a su casa, en Kaluga, a 60 kilómetros del monasterio. Los caballos estaban ya enganchados, el artesano tenía prisa de regresar a su taller, sabiendo que un encargo ventajoso lo esperaba. Pero el staretz, después de haberlo retenido mucho tiempo, lo invitó a volver al día siguiente, luego de la liturgia, a tomar el té en su celda. El artesano, halagado por esta atención del santo hombre, no osó rechazar. Esperaba encontrar aún a su cliente en Kaluga llegando allí hacia el fin de la tarde. Pero el staretz no quiso dejarlo partir: hacía falta que el artesano vuelva a tomar el té en su celda una vez más, antes de vísperas. A la tarde, el padre Ambrosio renovó su invitación para el día siguiente. El artesano, muy frustrado, pero no osando protestar, obedeció de nuevo. Dicha maniobra se reiteró durante tres días. El staretz despidió finalmente al artesano: *“Gracias, amigo mío, por haberme obedecido. Dios te cuidará, ve en paz”*. Algún tiempo después, al artesano se enteró que dos de sus antiguos aprendices, sabiendo que debía regresar de Optina con una suma de dinero considerable, habían estado al acecho tres días y tres noches en el bosque, cerca del gran camino de Kaluga, con intención de matarlo.

Los consejos del staretz Ambrosio, cuando eran seguidos por sus hijos espirituales, conducían a las personas por el camino en que ellas podían desarrollarse plenamente, y producir los frutos de la gracia. Un joven sacerdote fue nombrado, según su propio deseo, en la parroquia más pobre de la diócesis de Orel; pero, luego de un año de existencia difícil, perdió ánimo y quiso ser enviado a otro lugar. Antes de hacer su pedido, el joven sacerdote fue a consultar al staretz Ambrosio. Habiéndolo visto de lejos, el staretz le gritó: *“¡Vete, vuelve a tu casa, padre! Él está solo y vosotros, vosotros sois dos”*. Después, explicándole el sentido de estas palabras, añadió: *“El demonio está solo para tentarte, mientras que tú tienes a Dios para ayudarte. Vuelve a tu casa. Es un pecado abandonar tu parroquia. Di la liturgia cada día y no tengas ningún temor: todo irá bien”*. El sacerdote, animado, retomó su trabajo pastoral con paciencia. Luego de largos años, dones maravillosos se revelaron en él: el padre Jorge Kossov se convirtió en un staretz de gran renombre.

El conocimiento de los propósitos providenciales, el poder sobre los destinos humanos se manifestaron de modo sorprendente en el staretz Ambrosio en el momento en que emprendió la fundación de un monasterio de mujeres en Shamordino. Por concejo del staretz, una de sus hijas espirituales, la rica propietaria Klutcharev, compró el campo de Shamordino a doce kilómetros de Optina. En el pensamiento de la devota señora venía de tomar el velo, dicha propiedad debía asegurar el futuro de sus nietas, dos gemelas huérfanas. El staretz Ambrosio iba a menudo a Shamordino, inspeccionando las construcciones de la nueva casa de las señoritas Klutcharev. Edificada según las indicaciones del staretz, esta nueva casa señorial tenía más bien la

disposición de un monasterio. Las dos niñas se instalaron allí con algunas mujeres, antiguas siervas de los Klutcharev. Su abuela, que vivía en Optina en una mansión contigua al monasterio se ocupaba de la instrucción de las dos huérfanas. A fin de suministrarles una buena educación mundana, quiso llamar a Shamordino a un institutriz francesa. Pero el staretz se opuso a ello. No queriendo afligir a la abuela, se cuidó de revelar la verdadera causa de su rechazo. Pero habló abiertamente a una amiga de la familia Klutcharev: *“Las pequeñas no vivirán, le dijo. No es a la vida de este mundo, sino a la vida eterna que hay que prepararlas. Religiosas van a sucederlas en Shamordino, que rezarán por el reposo de sus almas”*.

La abuela murió en 1881 y, dos años después, sus nietas, ahijadas y discípulas del staretz Ambrosio, sucumbieron juntas a la difteria a la edad de doce años. Un año más tarde, en 1884, una comunidad de religiosas se instalaba en Shamordino. Atraídas por el renombre del staretz Ambrosio, director espiritual de las hermanas de Shamordino, mujeres de todas las clases de la sociedad pidieron entrar en el nuevo monasterio. Pronto, el número de religiosas se elevó a quinientas. Se debió construir de prisa nuevos cuerpos de edificio para alojar a las hermanas que aflúan siempre, para acondicionar un hospicio destinado a las mujeres de gran edad, un orfanato, una escuela. El staretz creó en Shamordino una gran familia unida por la oración y el trabajo. Iba a menudo a pasar algunos días en medio de sus hijas espirituales; las estancias prolongadas de staretz Ambrosio en Shamordino provocaron el descontento de las autoridades eclesiásticas: se hizo notar que el staretz no debía privar de su ayuda a los visitantes que iban, cada vez más numerosos, a Optina. Es un hecho bastante elocuente que muestra hasta qué punto la actitud del episcopado respecto del *starchestvo* había cambiado después de los tiempos del staretz Leónidas.

La correspondencia del staretz Ambrosio fue inmensa. Cada día, recibía de treinta a cuarenta cartas. Las ponía ante él en el suelo y, con su bastón, elegía aquellas que debía responder inmediatamente. A menudo, conocía el contenido de una carta antes de abrirla. Las personas más diversas se dirigían al staretz. Una joven artista francesa, católica, le escribió desde San Petersburgo, buscando consuelo espiritual en su dolor: venía de perder al hombre que amaba. Para cada uno, el staretz Ambrosio encontraba las palabras necesarias, aquellas que van directo al corazón, estimulando la persona humana a la vida espiritual. Si se considera el trabajo cotidiano realizado por este viejo monje enfermo, el número de cartas a las cuales respondía, la cantidad de visitantes que recibía, encontrando cada vez una respuesta justa, una salida simple en las situaciones más complicadas,

Los no creyentes, los buscadores de Dios, tan numerosos en la intelligentsia rusa hacia el fin del siglo diecinueve, iban cerca de staretz Ambrosio, cuya sola presencia reavivaba su fe apagada. Un hombre que había pasado años buscando la verdadera religión y no la había encontrado en Tolstoi, fue por último a Optina, “sólo para ver”. *“Y bien: ¡mirad!”*, le dijo el staretz levantándose ante él y mirándolo fijamente con sus ojos llenos de luz. El hombre se sintió como acalorado por esta mirada. Permaneció varios meses en Optina. Un día, dijo al staretz: *“He encontrado la fe”*.

Todos los caminos espirituales de Rusia al ocaso del siglo XIX pasan por Optina. Vladimir Soloviov y Dostoievsky han ido allí. El encuentro con el staretz no ha dejado ninguna huella en la obra de Soloviov. Este metafísico, cuyo pensamiento buscaba una síntesis cristiana, aunque evolucionando en el círculo del idealismo neoplatónico y alemán, este gran visionario que vivía en una tradición mística extraña a la del cristianismo, este utopista prendado de la idea teocrática, era insensible a la tradición viviente de la Ortodoxia, a las realidades históricas de la Iglesia rusa de su tiempo. Ha pasado al lado del starchestvo sin fijarse en él. Sin embargo, en su Relato sobre el Anticristo, embargado de aquella angustia apocalíptica que marcó el fin de su vida, Soloviov representará al apóstol san Juan, testigo de la Iglesia de Oriente, vuelto hacia el fin de los tiempos, bajo los rasgos de un staretz ruso.

La misma imagen del monje ruso se presentó al espíritu de Dostoievsky cuando quiso encarnar en su obra el ideal de la santidad. No podía no pensar en su encuentro con el staretz Ambrosio al crear el personaje del staretz Zósima en *Los hermanos Karamazov*. Todo el decorado exterior, la descripción del monasterio hasta los menores detalles, la espera de los visitantes, la escena de la recepción del staretz, hacen pensar en Optina. Pero el staretz Zósima no tiene casi nada en común con el padre Ambrosio. Es una figura bastante pálida, demasiado idealizada para ser el retrato de un ser vivo. Zósima reproduce más bien algunos rasgos de san Tijon de Zadonsk (siglo XVIII); de hecho, Dostoievsky se ha servido de los escritos del obispo de Voronezh al redactar las enseñanzas del staretz Zósima.

Constantin Leontiev, ese gran antagonista de Dostoievsky, afirmaba que *Los hermanos Karamazov* no habían encontrado crédito en Optina. Ese cristianismo de colores rosas tendría, según Leontiev, una huella de sensibilidad enfermiza extraña al espíritu del monaquismo ruso. Esta observación es justa en una cierta medida: el genio turbio y dionisiaco de Dostoievsky, no había hecho nada para apreciar la sobriedad espiritual tan característica a favor del starchestvo en general y sobre todo respecto a Optina en la época del staretz Ambrosio. Pero, por otro lado, puede uno preguntarse si el mismo Leontiev ha comprendido alguna vez la tradición joánica de la espiritualidad rusa, encarnada por san Serafín de Sarov y el staretz Ambrosio. En efecto, Leontiev buscaba otra cosa en la Ortodoxia: prendado de la belleza pagana del ser creado, esteta, temiendo que el progreso del cristianismo desemboque en el empobrecimiento de las formas naturales de la vida, Leontiev no podía desear la transfiguración de la criatura. En la Iglesia, buscaba únicamente su salvación individual, un ideal ascético, palabras austeras sobre la muerte, sobre la vanidad de todas las cosas, el temor de Dios que podría oponer a su apego apasionado al cosmos no purificado, a su admiración ante la “*belleza falaz y cautivadora del mal*”.

Nada de más extraño al espíritu de Optina que el cristianismo de Leontiev. Y sin embargo, habiendo una vez encontrado al staretz Ambrosio, este hombre lunático y apasionado no quiso abandonarlo más: pasó quince años en una pequeña casa que se hizo construir en el recinto del

monasterio. Por consejo del padre Ambrosio, Constantin Leontiev se hizo monje en el monasterio de la Trinidad – San Sergio en 1890.

Otros maestros del pensamiento ruso han sentido la atracción irresistible de Optina. León Tolstoi tuvo algunas conversaciones con el staretz Ambrosio. Excomulgado, solitario, enfermo, irá aún a Optina, en un impulso de angustia, algunos días antes de su muerte, a merodear alrededor del skit sin osar entrar allí... Strajov, Rozanov, y cuántos otros aún, en un momento de su vida, se sintieron atraídos hacia Optina, llevado al apogeo de su gloria por el staretz Ambrosio.

El padre Ambrosio era de talla mediana, pero muy encorvado. Caminaba con dificultad apoyándose en un bastón. Enfermo, la mayor parte del tiempo permanecía tendido y recibía a los visitantes semi-acostado en su cama. Bello en su juventud, el staretz tenía un rostro pensativo cuando permanecía solo, alegre y animado en presencia de los demás. Dicho rostro cambiaba sin cesar de expresión: unas veces el padre Ambrosio miraba a su interlocutor con ternura, otras soltaba una risa joven y comunicativa, o bien inclinaba la cabeza y escuchaba en silencio lo que se le decía para permanecer después algunos minutos en meditación profunda antes de tomar la palabra. Los ojos negros del staretz miraban fijamente a aquel a quien con quien hablaba y se sentía que dicha mirada penetraba hasta el fondo del ser humano, que nada le podía permanecer oculto; sin embargo, se sentía un sentimiento bienestar, de relajación interior, de alegría. Siempre afable y alegre, lleno de humor, el staretz Ambrosio tenía una broma en los labios incluso en las horas de fatiga extrema, hacia el fin del día, cuando había hablado doce horas seguidas a los visitantes que se sucedían en su celda. Cada mañana, se preparaba para su labor cotidiana rezando solo en su celda. Eran los únicos momentos en que el padre Ambrosio no dejaba entrar a nadie, no queriendo que se lo vea durante su oración. Las personas que intentaron penetrar en su celda a pesar de dicha prohibición expresa han visto al staretz sentado sobre su cama, sumido en la oración; su rostro expresaba un gozo indecible; la presencia de Dios era tan manifiesta que los visitantes no osaron permanecer un instante de más en su celda. Un día, un hieromonje del skit, entrando en la celda del padre Ambrosio a la hora de su oración, vio la cara del staretz resplandecer con una luz insoportable a la mirada humana.

Para evitar toda manifestación demasiado estridente de santidad, el staretz Ambrosio no obraba jamás curaciones; enviaba a los enfermos a un pozo bendito donde recobraban la salud luego de la inmersión. Pero los signos milagrosos se multiplicaban. Un día, cuando la gente se apretujaban en el patio del monasterio para recibir la bendición del staretz, se oyó a alguien dar un grito de sorpresa: “*¡Es él, es él!*”. Habiendo divisado al hombre que gritaba, el staretz se tornó confuso, pero era demasiado tarde para disimular el hecho: el hombre había reconocido en el padre Ambrosio al anciano que se le había aparecido en sueños, algunos días antes, invitándolo a ir a Optina para recibir una ayuda eficaz en su situación desesperada.

Otro caso de aparición del staretz Ambrosio a una persona que tenía necesidad de él es aún más

sorprendente. Es necesario decir que el staretz, enfermo, no abandonaba casi nunca Optina, salvo para irse a Shamordino. Es en este monasterio, en medio de sus hijas espirituales, que pasó el último año de su vida. En esta época, un pobre gentilhomme de provincia, abrumado por una familia numerosa, habiendo perdido su puesto de administrador en la casa de un rico propietario, tuvo la idea de irse a Optina. Esperaba que el staretz Ambrosio, del que había oído hablar mucho, pudiera sacarlo del apuro. Un día, divisó por la ventana un viejo monje peregrino que pasaba ante su casa apoyándose en un bastón. Según la costumbre piadosa de los campesinos rusos, el gentilhomme hizo entrar al viejo monje y le ofreció de comer. Le contó sus penas y le expresó su deseo de ir a Optina. El viejo peregrino dijo a su anfitrión que el padre Ambrosio se encontraba en Shamordino y le aconsejó ir allí lo más deprisa posible si quería encontrar al staretz aún vivo. El peregrino acababa de salir cuando la señora de la casa quiso retenerlo hasta el día siguiente. Se corrió a buscarlo, pero el anciano había desaparecido. Cuál fue la sorpresa del pobre gentilhomme en Shamordino cuando reconoció en el staretz Ambrosio al viejo peregrino que había acogido en su casa algunos días antes. Se prosternó ante el staretz, queriendo revelar todo, pero el staretz le cortó la palabra: “*Cállate, cállate*”, y añadió señalando a una señora que se encontraba en la multitud de visitantes: “*Serás administrador en su propiedad*”.

Llegado a Shamordino en el verano de 1890, el staretz Ambrosio, caído enfermo, debió permanecer allí todo el enfermo. En primavera de 1881, se sintió un poco mejor, pero una debilidad extrema le impedía volver a Optina. Continuaba recibiendo a los visitantes mañana y tarde aunque su voz se fue volviendo tan débil que se le entendía apenas lo que decía. Los monjes de Optina reclamaban el retorno del staretz a su monasterio; se hablaba incluso de hacerlo volver a la fuerza, pero el padre Ambrosio respondía que permanecía en Shamordino por una voluntad expresa de Dios, y que moriría en el camino si se lo llevaba a Optina. El obispo de Kaluga exigió, a su vez, el retorno del staretz al skit. Hacia el fin de Septiembre, manifestó su deseo de ir personalmente a Shamordino para hablar en razón de ello con el padre Ambrosio. Las hermanas, preparándose para recibir al obispo, preguntaron al staretz qué había que cantar durante su entrada solemne. El staretz respondió: “*Le cantaremos ‘Aleluia’*”. Dijo también que tenía la intención de encontrarse con el obispo en medio de la iglesia, lo que era contrario a los usos.

El estado del enfermo se agravó. Perdió totalmente el oído, de modo que los visitantes, que no cesaban de asediarlo incluso en su lecho de muerte, debieron escribir sus preguntas sobre una gran hoja de papel. A partir del 6 de Octubre, se esperó el fin de una hora a otra. El staretz recibió la unción de los enfermos y comulgó, asistido por su discípulo y sucesor, el padre José de Optina. Era el 9 de Octubre. El archimandrita Isaac, higúmeno de Optina, que fue por última vez a visitar al gran staretz, se disolvió en lágrimas viéndolo. Al día siguiente, el moribundo permanecía sin movimiento. El 10 de Octubre, a las once y media, luego de la lectura de las oraciones de tránsito, el staretz levantó el brazo, hizo la señal de la cruz y cesó de respirar. Su rostro estaba claro, sus labios conservaban una sonrisa de profundo gozo.

En ese momento, el obispo de Kaluga abandonaba su ciudad para ir a Shamordino. En el camino, recibió el telegrama anunciándole la muerte del staretz. Cuando, tres días después, el jerarca hizo su entrada en la iglesia de Shamordino, el coro cantaba el Aleluya del oficio fúnebre. El ataúd abierto del padre Ambrosio se encontraba en medio de la iglesia.

Mucho tiempo antes de su enfermedad, el staretz había prevenido al padre José que sus restos mortales, contrariamente a los de sus predecesores Leónidas y Macario, desprendería un olor a putrefacción. “*Eso me sucederá, decía, porque he tenido demasiada gloria inmerecida durante mi vida*”. En efecto, al comienzo, un olor se hizo sentir, pero desapareció progresivamente. En el día del entierro, el cuerpo del staretz exhalaba un perfume sorprendente. Más de ocho mil personas se acercaron a saludar su cuerpo que permaneció expuesto durante cuatro días. Cada uno buscaba colocar un instante sobre los restos del staretz un pañuelo o un trozo de tela para conservarlo después como objeto sagrado. Los monasterios de Optina y Shamordino se disputaban el sepulcro del padre Ambrosio; el Santo Sínodo, puesto al tanto de este litigio, se pronunció a favor de Optina.

El 14 de Octubre, bajo una lluvia de otoño, el cuerpo del staretz Ambrosio fue trasladado a Optina. El ataúd, llevado en alto sobre los hombros, dominaba la multitud inmensa. Desde todas las aldeas, el clero y el pueblo iban a unirse a la procesión con iconos y estandartes. Se paraba de vez en cuando para hacer letanías. El cortejo mortuorio se parecía más bien a un traslado de reliquias. Se observó que los grandes cirios, que rodeaban el ataúd, no se apagaron durante el camino a pesar de la intemperie.

Algunos años antes de su muerte, el staretz Ambrosio había hecho pintar un icono de la santa Virgen bendiciendo el trigo cosechado. La llamó Nuestra Soberana Recolectora, e instituyó su fiesta el 15 de Octubre. Ese fue el día en que su cuerpo debía ser entregado a la tierra.

El staretz Ambrosio fue enterrado cerca de la iglesia del monasterio de Optina, al lado de su maestro, el staretz Macario. Más tarde, una capilla fue erigida sobre su tumba donde lámparas ardían perpetuamente ante los iconos de la Virgen y san Ambrosio de Milán, patrono del staretz. Sobre la piedra sepulcral, se grabó las palabras de san Pablo: “*He sido débil entre los débiles, a fin de ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos*”.

Aparecido en *Contacts*, vol. XIV, nº 40, 1962. Traducción del francés del Dr. Martín E. Peñalva.

Publicadas por Monasterio de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo